

## Jesús de Galíndez: un hombre libre

*Revista Nacional de Cultura*, 126. zk., 1958-01/02.

"Galíndez no está muerto, pues vive, más vivo que antes, porque su espíritu se ha multiplicado en la conciencia de los hombres libres".  
(Germán Arciniegas)

—1—

Jesús de Galíndez llegó a Caracas a principios de marzo de 1950, en el mismo avión que trajo al Presidente del Gobierno Vasco en el exilio, José Antonio de Aguirre, para la inauguración de la nueva sede del Centro Vasco en Caracas.

"Una semana que pasa pronto –dijo después en un artículo– aunque rindió al más fornido. Una semana que quedará grabada en el recuerdo de cuantos la vivieron. Una semana, sobre todo, que emocionó a los viajeros que en su peregrinación patriótica van conociendo tantos países y tantos vascos esparcidos en el mundo, todos semejantes, todos erguidos, pero en ninguna parte con el fervor patriótico de masa que vivimos en Eusko-Etxea de Caracas".

En este primer encuentro personal con Galíndez le pedí su colaboración para la revista "Elite", que llegó siempre puntual. Con su agudeza periodística, daba preferencia a temas del intenso color humano que se esconde en lo fantástico, lo misterioso; la misma circunstancia que rodeó su desaparición en la noche del 12 de marzo de 1956.

—2—

Lo volví a ver dos años después en Nueva York, donde lo traté por espacio de varios meses. Le acompañé con frecuencia a su clase de Derecho Público Hispanoamericano y de Historia de la Civilización Iberoamericana, en la Universidad de Columbia, para la que escribió como tesis de grado su libro "La era de Trujillo", origen de su secuestro y, con toda seguridad, humillantes torturas y la muerte.

En aquella época apenas me habló de su tesis. Lo que tenía entre manos entonces era un libro intitulado "Iberoamérica", que le estaba editando un librero de las inmediaciones de la calle 14, donde le acompañé en varias oportunidades y del que apenas estaba entonces corrigiendo las pruebas.

Fue durante aquellos meses de mayo a diciembre de 1952 que yo pasé en los Estados Unidos cuando realizó un viaje a Europa. Recuerdo que a su regreso arreciaron las amenazas telefónicas de los agentes dominicanos por sus artículos en la prensa de Nueva York y en los periódicos de una cadena continental que contrató sus colaboraciones (en Caracas las publicaba "El Universal"). El tomaba sus precauciones, y al abrir la puerta de la Delegación del Gobierno Vasco en el piso 15 del 30 Fifth Avenue, donde también

residía, lo hacía con la precaución de dos cadenas internas, y sin embargo continuaba tomando parte activa en demostraciones de los exilados dominicanos frente al Consulado General de Santo Domingo en Nueva York, protestando por las torturas y los crímenes que él estaba precisamente temiendo.

Porque Jesús de Galíndez era un poeta de la libertad. No sólo de la libertad del hombre, sino de la libertad colectiva de los pueblos, que él decía que no podía separarse. Allí, acompañándole al domicilio de unos argelinos nacionalistas para los que traducía algunos documentos que necesitaban en su entonces desigual lucha diplomática en las Naciones Unidas, y viéndole reclamar, hombro con hombro con los exilados de Santo Domingo, la libertad a que aspiraban, aprendí la lección de que el ideal de la libertad es común a todos los individuos y a todos los pueblos, y que lo que aherroja a unos a los demás, y que aquello que los libera ayuda igualmente a la liberación de los que no han recibido directamente el beneficio, y que el día en que los hijos de todos los pueblos que se respeten en sus libertades se den cuenta de la fuerza que pueden sumar juntos para combatir la causa común que hacen todos los tiranos para implantar sus regímenes de antilibertad, ese día se habrá ganado en la conciencia del hombre la más preciosa de las batallas en defensa de su dignidad.

¿Y quién era Jesús de Galíndez, el hombre? ¿Cuál era su clamor de hombre y de pueblo que se había desbordado tan generosamente en conciencia universal?

—3—

Nació el 12 de octubre de 1915 en Amurrio, pueblecito de millar y medio de habitantes situado en un valle que se adentra en territorio vizcaíno, pero pertenece a Alava, la región vasca donde nació hace cuatro siglos el Padre Francisco de Vitoria, creador del Derecho Internacional.

La finca paterna de Larrabeobe está a cien metros del histórico recinto donde desde siglos atrás, junto al Arbol de Campo de Saraobe, hoy desaparecido, se reunían las Juntas de la Tierra de Ayala, a la que se refiere su libro póstumo de edición más reciente, "La tierra de Ayala y su Fuero".<sup>1</sup> Su abuelo, médico-veterinario, y su padre, médico-oculista, habían nacido también aquí, y en este mismo lugar hubiesen nacido también sus hijos si no median otras circunstancias que pesaron para siempre en el carácter un poco solitario de Jesús. Perdió a su madre cuando era niño; su padre se trasladó a Madrid y se casó por segunda vez. De este matrimonio nació su medio hermano Fermín, a quien Jesús apenas tuvo oportunidad de tratar.

Estos choques afectivos de su niñez pesaron decisivamente en su carácter reservado y solitario. Recuerdo que en uno de los días en que le acompañé al domicilio de los nacionalistas argelinos fuimos a caminar por el Central Park y por primera vez me mostró la honda amargura de sentirse solo. Fue uno de esos raros momentos de sinceridad en que el hombre inteligente se busca en el hondón del alma para verse tal cual es en la compleja motivación de su existencia. Y me habló de su madre, que apenas recordaba, que era como imaginarse lo que le faltó.

---

<sup>1</sup> "La tierra de Ayala y su Fuero", Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1957.

Jesús entró a cursar Bachillerato en el Colegio de Chamartín de los Padres Jesuítas. El poeta cantó después la impaciencia y la emoción con que esperaba las vacaciones, que para él significaba el regreso a su tierra. Era compañero de ocho años de su abuelo en sus caminatas de veterinario por los caseríos del valle cuando alguien le pasó a escondidas una banderita vasca de papel con la apremiante consigna:

– Guárdala bien, que si te la ven te van a pegar.

"Y la guardé tan bien –recordaba muchos años después– que nunca jamás pude encontrarla. Eran los días de 1923, en que comenzaba la dictadura de Primo de Rivera. Y el recuerdo de aquella bandera perdida me obsesionó durante los ocho años de internado en un colegio madrileño, donde mi vasquismo instintivo se nutrió de reacciones contra el medio ambiente, pero careció de una fuente de formación doctrinal. Presentí una historia vasca, porque en los libros de historia oficiales no se hablaba de los vascos; mi único maestro fue el pico del monte Iturrigorri en los meses de vacaciones veraniegas y este sirimiri del atardecer que impregnaba mi alma de añoranzas".

Después ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, desde donde vive con emoción el resurgir cultural y patriótico de su país, y comienza a vincularse al Eusko Ikasle Batza (Agrupación de Estudiantes Vascos). Aquí le nacen fuertes lazos de compañerismo que sólo quebrará la guerra, como los que le unió a sus dos presidentes, Benito de Areso y José María de Azkarraga, ambos cogidos prisioneros en Santoña y condenados a muerte por el franquismo. Azkarraga fue fusilado por los que se decían cruzados de Cristo en vísperas de la Navidad de 1937.

Apenas ha cumplido 18 años cuando publica dos monografías de carácter histórico y político: "La M.N. y M.L. Tierra de Ayala, su Señorío y su Fuero" e "Ideas políticas de Saavedra Fajardo", ambas editadas en Madrid. Un año más tarde publica dos folletos: "La legislación penal de Vizcaya", editada en Bilbao, y "Psicopatología-Herencia-Delinuencia infantil", impreso en Granada.

Se gradúa en Derecho en la Universidad Central de Madrid el 20 de junio de 1936, un mes escaso antes del alzamiento franquista, y elige el tema de su tesis: "El caserío vasco", que "no es ni el concepto de propiedad, ni la organización de la familia, ni la libertad de testar; es todo y cada una de estas instituciones jurídicas fundamentales, agrupadas en un ente colectivo que se perpetúa a través de los siglos", pero no tiene tiempo de redactarla. Durante los pocos meses que duró aún la paz fue ayudante en la Cátedra de Derecho Civil, de la que era profesor Felipe Sánchez Román.

El y la mayoría de sus compañeros universitarios solicitaron su traslado a Bilbao, a fin de incorporarse a las milicias que se estaban organizando. Pero era imposible realizar el viaje, por lo que los vascos quedaron aislados.

La ofensiva franquista-italiano-alemana en el norte fue un factor decisivo para la organización de la 142 Brigada Mixta Vasco-Pirenaica en Barcelona, y los vascos movilizados en Madrid se trasladaron a Cataluña a integrarla. Galíndez se incorporó en setiembre con el grado de teniente en el Frente de Aragón.

"Sentados –relata Pedro de Basaldúa en su biografía–<sup>2</sup> arropados por los ponchos enormes y a la luz de un farol, aún cuando hubiese sido suficiente la luminosidad del

---

<sup>2</sup> "Jesús de Galíndez, víctima de las tiranías en América", editorial MAC-CO, Buenos Aires, 1956.

cielo, sacó de su bolsillo un librito y comenzó a leer con una entonación cálida y emotiva:

– Libertad, Libertad, cara bandera  
de los pueblos esclavos y oprimidos,  
supremo galardón de los vencidos,  
meta de aquel que lucha porque espera.  
– Gime y clama por ti la tierra entera,  
por ti mueren los hombres decididos  
y los pueblos arrecian los latidos  
al clamor de tu voz fuerte, señora.  
– Libertad, Libertad, mi alma palpita  
en mil ansias, fervores sentimientos,  
y ve una luz guiar su soledad.  
– Ya no temo, tu luz verde me incita,  
y sabré combatir sin desalientos,  
que un ideal me guía: Libertad.

Era una de las poesías que integraba su libro "Ensueños" que acababa de publicar en Barcelona, donde aparecía ya limpia su vocación de hombre libre.

Y para seguir siéndolo, con la derrota a cuestas, atisbó la esperanza de América.

Galíndez desembarcó en tierras dominicanas el 19 de noviembre de 1939. Desde su cátedra de Ciencias Jurídicas de la Escuela de Derecho Diplomático y Consular que le ofrecieron fue descubriendo pronto la cruda realidad política de Santo Domingo. Se dio cuenta de que la Universidad era una pieza más del engranaje trujillista, y se impuso el deber de hablar a la conciencia de los estudiantes en cuanta ocasión le fue propicia. Aquí, sin abandonar su dinamismo habitual, escribe: "Estampas de la guerra",<sup>3</sup> que "son páginas arrancadas a la memoria de un gudari vasco", y el libro "Los vascos en el Madrid sitiado".<sup>4</sup> Permaneció en Santo Domingo varios años, sujeto a sus deberes de Delegado del Gobierno Vasco, mas tuvo que abandonar este país porque sufría en su condición de hombre libre ante la humillación a que se sometía el pueblo.

Llegó a Nueva York el 13 de febrero de 1946. A principios del año siguiente edita en Buenos Aires "El Derecho Vasco"<sup>5</sup> y sale en Buffalo (Estados Unidos) el libro escrito en colaboración con el catedrático doctor Ireland, "Divorce in the America", y en el II Congreso de Escritores Vascos organizado en esta fecha por la revista "Euzkadi" de Caracas logra un premio con su trabajo "La revolución francesa repercute en Euzkadi".

Es en 1949 cuando queda al frente de la Delegación del Gobierno Vasco en Nueva York, donde había colaborado hasta entonces. Pero no obstante, no cesa en su labor periodística. "Toma parte como representante del Partido Nacionalista Vasco –dice Pedro de Basaldúa en su biografía– como miembro de los nuevos equipos internacionales en el primer congreso que los exilados de Centro Europa organizan en Nueva York. Como viera Galíndez que en los debates y discursos se pensaba tan solo en el comunismo y en los países de la Europa Oriental, como si además de aquél no

<sup>3</sup> "Estampas de la guerra", Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1951.

<sup>4</sup> "Los vascos en el Madrid sitiado", Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1945.

<sup>5</sup> "El Derecho Vasco", Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1947.

existieran en el mundo otros regímenes negadores de la libertad y conculcadores o desconocedores de los derechos de la dignidad de la persona humana, pronunció un vibrante discurso en el que condenó a todas las dictaduras, tanto las europeas como a las americanas; a las que se ocultan tras la cortina de hierro como a las que lo hacen tras la de incienso. La lucha es una, y el objetivo el mismo: la libertad. Fue piedra de escándalo, pero a él correspondió poner el dedo en la llaga y dar a la cuestión el enfoque auténtico y preciso".

En abril de 1954 sale su obra "Iberoamérica", que será libro de texto para las universidades norteamericanas. "Iberoamérica" es un estudio sobre la evolución general del continente meridional, cubriendo política, socio-economía, cultura y relaciones internacionales, una obra que se edita por primera vez en los Estados Unidos, obra de documentación, de fe y noble esfuerzo. En este libro, que merece mayor difusión en el continente, pone al descubierto el mal que corroe a tantos pueblos. Y fue en la República Dominicana donde mayor resonancia tuvo.

"Pero mi trabajo fundamental –dice a un amigo en carta de enero de 1956– ha sido la tesis; día tras día, de modo incesante y agotador"... "Al fin –termina– pude depositar la tesis hace tres semanas: espero que su discusión sea en febrero o primeros de marzo"...

—4—

Le secuestraron en la noche del 12 de marzo, cuando regresaba de su clase de la Universidad de Columbia. Pronto fueron descubriéndose los siniestros hilos que habían tejido los agentes trujillistas en torno al hombre que no se dejó sobornar ni atemorizar. (Hasta le ofrecieron dinero para que renunciase a la presentación de su tesis).

Galíndez fue al encuentro de la muerte con los ojos bien abiertos, con la conciencia del riesgo bien clara, porque al revisar su apartamento se hallaron en su despacho dos documentos que lo atestiguan. Uno estaba dirigido a la policía, advirtiéndole que si le ocurría algo, "buscaran a sus enemigos en la República Dominicana". El otro documento era un testamento ológrafo, fechado el 5 de octubre de 1952, que en su parte declarativa dice:

"1º Me declaro cristiano y vasco. Como tal, quiero ser enterrado en la fe y en la tierra de mis antepasados cuando esto sea posible. Y ruego a quien se haga cargo de mi cuerpo y bienes que mis restos sean llevados un día a Amurrio, en la provincia de Alava, Euzkadi, para ser enterrado allí; quisiera que fuese en la finca que mi padre tiene en Larrabeobe, en la parte más alta desde donde se divisan las montañas de mi Patria. A este efecto se reservará la parte de mis bienes que sea necesaria". Y después de establecer sus disposiciones testamentarias y designar su albacea, concluye el testamento:

"Gora Euzkadi Azkatuta! ¡Que Jaungoikua me acoja en su seno! (¡Viva el País Vasco Libre! ¡Que Dios me acoja en su seno!)

No es la primera vez que un hombre de estirpe vasca ofrece su vida por la libertad de los pueblos de América. Son muchos los que han contribuido a forjar su independencia. Es curiosa la vocación de libertad de un pueblo que hoy apenas tiene en su territorio dos millones de habitantes, que va pareja con su vocación inmigratoria, que

ha dado casi cinco millones de descendientes a América. No es coincidencia, sino tradición de libertad de una estirpe educada bajo la sombra secular del Arbol de Guernica, que ha dado en su larguísima historia que se pierde en la distancia sin fecha de su origen geográfico, lingüístico o étnico, el tradicional apego del vasco, en cualquier lugar en que se encuentre, a la causa de la libertad.